

IDEALES Y REALIDADES EXTERIORES

I

Siempre ha habido—y de ello nos hemos ocupado en estas páginas alguna vez—una amplia zona de separación entre los ideales internacionales y las realidades en las que se desenvuelve la vida internacional. La Carta de la ONU—como las de las otras organizaciones internacionales—dicen una cosa, con el propósito de que se cumpla, y los hechos señalan realizaciones concretas a veces muy deficientes o antagónicas. Si acaso, en algunas «Agencias especializadas» la dualidad es menor y radica más bien en la falta de medios para llevar a cabo todo lo programado o prescrito.

En cuanto a los Estados—grandes o chicos—, empiezan porque sus poblaciones no siempre están de acuerdo en los objetivos exteriores que deben perseguir y que inevitablemente cambian con el curso de los acontecimientos mundiales. ¡Felices los países cuyas gentes reservan las banderías al detalle minúsculo de la política doméstica o cuando más a las prioridades y las tácticas en la acción exterior! Luego viene el contraste entre lo que se desea y lo que se puede. Muy pocos—si hay algún Estado satisfecho es un caso excepcional, tipo Suiza—son realmente «países aquietados» e incluso los conservadores conservan también apetencias. Los resignados ocultan para mejor ocasión sus frustraciones. La mayoría polemiza continuamente y de esa controversia se nutre la vida internacional. Lo único deseable no es la imposible unidad universal de criterios, sino algo por ahora inalcanzable pero a lo que nunca conviene renunciar: que las diferencias, incluso las disputas, se diriman civilizadamente y atendiendo a criterios en los que pese cada vez menos ese triste y constante factor decisivo que es la fuerza. Más peligrosa en la era atómica, con todas sus pretensiones, que en los llamados «siglos tenebrosos» en los que la limitación de medios alcanzaba a los genocidios y las subyugaciones. Por lo tanto, no es excepcional el caso

de España, antes, ahora y lógicamente mañana, soñando—despierta y a ras de tierra—con unos ideales u objetivos internacionales que están bastante definidos desde hace mucho tiempo por una expresiva minoría enunciativa y aceptada por una silenciosa pero inequívoca mayoría de la población; encontrándose con que muchos de esos ideales u objetivos tropiezan con obstáculos superiores a sus medios, incluso con el alcance de obstruir por período indefinido su consecución.

Por eso, y muy sumariamente, vamos a repasar la lista de realidades que nos envuelven y que están a tono con la dureza de los tiempos. Hay muchos «adelantos» técnicos, muchos esfuerzos por mantener la paz —o petrificar el equilibrio de la «disuasión»— y muchos gestos, algunos prácticos, en la colaboración internacional; pero si ésta progresa, no es porque los hombres se hayan vuelto más sensatos, sino porque tienen mayor conciencia de su solidaridad para sobrevivir ante los problemas de dimensión universalizada. Pero todo eso sin olvidar que las «consolidaciones» benefician a los mejor situados en el mundo real y perjudican a los más dañados por esa misma realidad. Y hasta pueden aumentar los desniveles irritantes o agravar los males iniciados si no se corrigen.

II

Empezamos por lo económico. Nos hemos industrializado y hemos encontrado esos «manás» del turismo y las remesas de los emigrados (este último triste) en los que no conviene confiar indefinidamente como tapones de la brecha que supone nuestro crónico déficit comercial. Pero flotamos en el mundo de los bloques económicos a merced de vendavales que ya nos azotan, aunque el ruido de sus estragos lleve sordina. Así, la famosa CEE aprobó —en el momento en que escribimos— un «mandato» de negociación, en el que no se nos da mucha mejor consideración que a los tres países del Magreb y a Israel, ninguno de los cuales es europeo. Con promesas de «ensanche» industrial—más difícil para el menos competitivo—y más parcas promesas de ensanche agrícola. No es que sea una sorpresa, pero sigue siendo una contrariedad, que se va haciendo apremiante en su desorden. Entrar en la CEE —pura hipótesis: ni nos quieren, ni «queremos» tal como sería preciso, ni aun queriendo estamos preparados— no es ir al Paraíso, como dijo André Fontaine. Estar fuera (out doors) es estar en el Purgatorio, con amenaza de empeorar. Ahora resulta que la EFTA —es decir, sus restos— está

en mejor situación, como muchos de los asociados africanos y asiáticos, que por cierto tienden a crecer. ¡Ya está bien de constituir ejemplos románticos o solitarios en el panorama europeo, especialidad que llevamos más de un siglo cultivando onerosamente! Y otros que no nos quieren son los de la OTAN, a los cuales reiteradamente hemos dicho que no cortejamos. No les cortejamos—están «verdes», quizá por insospechada fortuna ante los eventos del futuro—pero los servimos, por ejemplo, vía autorizaciones de vuelo. Vía acuerdos con los Estados Unidos, acuerdos que aunque algún lector distraído crea que están ligados a un pasado histórico superado, están vivos, operando desigualmente. Y vía «Iberland», o sea Gibraltar and Company. En fin, no nos molestaremos mucho en recordar el despego de ese fantasma retórico que colea en Estrasburgo. ¿Nos quieren nuestros hermanos americanos? (los de la «Hispanidad», según decimos, o de la «América Latina», según dicen ellos). La respuesta es compleja. Pero si sigue pesando abrumadoramente el interamericanismo made in Washington, aparte de algún caso de esquizofrenia no romántica, oficial y no popular—México—, hay bastantes realizaciones estimables en los modestos, pero positivos, sucesos que podemos alcanzar de ese ideal difícil de cooperación general entre los miembros de una gran familia. Rayos de sol y nubes alternan, y entre los últimos recordamos el curso de los acontecimientos en Filipinas, donde parece que entre los ungüentos mágicos para que el espíritu de Mao no pase el mar está la extirpación completa de la civilización hispánica. Incluso en el fraterno Portugal un ex ministro publicó un libro—bastante mediocre—hispanóphobo. Entre su visión de España y la de Camoens, nos quedamos con ésta. Y como el que no se consuela es porque no quiere, diremos que las tormentas que a veces registra el hispanoamericanismo son modestos turbiones frente a los auténticos, aunque breves o por etapas, tornados que aparecen en las relaciones hispanoafricanas. Diríase que al otro lado del Estrecho se cree que los graves problemas domésticos se van a olvidar, no dando tregua a las arremetidas contra el país vecino que en muchos momentos difíciles ayudó cuanto y como pudo. Lo mismo se habla de ampliar el «mar territorial» hasta que llegue a la provincia de Sevilla, que de provocar violentos desahucios, mucho más al sur del olvidado Ifni. Mucho más lejos prosiguen con toda normalidad las genialidades—es una expresión como otra cualquiera—del único Estado oficialmente hispanoparlante del Africa Negra, caracterizada por una ingeniosa combinación de los modales expeditivos con la aptitud para recibir lo que la ex metrópoli otorgue. Más de

un español pensará en este aspecto que le gustaría la inversión de los papeles respectivos. Y muchos, que un «basta» a tiempo ahorra muchos posteriores quebraderos de cabeza.

III

Nuestros lectores no deben atribuir a ningún gazapo periodístico la frase de que el problema de Gibraltar «no ha madurado lo suficiente» para pasar de las llamadas talks («pensar en común») a la fase de las negociaciones. Pues está en el comunicado que siguió a la fugaz visita del titular del Foreign Office. El problema maduró hace muchos lustros, y claro está, ofrece un aspecto confuso entre lo petrificado y lo putrefacto. No creemos que otro cuarto de siglo de espera, para que siga madurando, aporte nada bueno; por supuesto que no para los despojados, pero tampoco—contra una opinión superficial—para los detentadores y explotadores del objeto litigioso. Ni para terceros. Por algo la ONU urgió varias veces la descolonomización; precisamente uno de los problemas de los que depende que la Conferencia Europea de Seguridad obtenga un discreto éxito o fracase con o sin papel de plata recubriendo el fracaso, es esto: el Mediterráneo, que es una pieza sustancial de la seguridad europea. Si no la hay en él, no la habrá en Europa central. Ya sabemos que es difícil que la haya. Pero no por el agrio pleito entre Israel y sus ocupados y vecinos. Por ese y por todos los demás pleitos que se integran en el marco mediterráneo. Y Gibraltar es uno de ellos. Considerarlo «resuelto» con que un gran país de tradición imperialista se adjudique el papel de portero y custodia de su acceso occidental es algo peor que ridículo. Es dejar montado permanentemente un dispositivo arbitrariamente disparable quién sabe contra qué objetivos o víctimas. En realidad, las dos bocas del Mediterráneo debieran estar limpias de fortalezas, bases, almacenamientos atómicos y demás juguetes mortales a disposición de algunos y en peligro de muchos.

Si el éxito (?) de la ofrecida paz en el Lejano Oriente—cuyos frutos podrán contemplar las gentes que vivan algunos años—va a animar a los supermans «kissingisados» a trasladar lo peor de sus fórmulas al Próximo Oriente y al Mediterráneo en general, quizá fuera preferible la cruda realidad presente, que por lo menos no engaña al que no quiere ser engañado.

Resumimos: ni Europa sin todas sus partes—y España no es de las más insignificantes—será Europa, sino una Europa incompleta y desviada, ni la seguridad europea sin la mediterránea, con todo lo que ello implica, será

una seguridad completa. Y dudamos mucho de que haya «seguridades divisibles» en un mundo de conflictos en cadena, plétóricos de repercusiones automáticas y de preparaciones intranquilizadoras.

Por supuesto: no somos un gran país militar, financiero o industrial. Nuestra triple modestia en tan destacados aspectos va acompañada por nuestra bondad de modales diplomáticos. Nos distraen muchos los temas domésticos—a veces provocados desde afuera—y estamos habituándonos a esa ultra «juiciosidad» internacional que podría llevarnos al Cielo—no decimos al Limbo—, pero no parece que nos lleve en la Tierra a muchos objetivos concretos. Ciertamente no existen remedios ni panaceas fáciles para hacer reflexionar a adversos, expeditivos y amnésicos. Pero tampoco estamos condenados a contemplar filosóficamente la realidad exterior que nos concierne y que a veces nos lastima. Algo podemos hacer, como a ratos lo hacemos. Seamos—por una vez y para que no se nos llame pesimistas—expectantes, con una discreta esperanza. La de que siempre haremos cuanto esté a nuestro alcance, donde, como y cuando podamos.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

